

«¡Tierna es, por cierto, y consoladora esta jerarquía de gracia y de misericordia! Junto al templo y altar de Jesucristo se levantan «en todas partes templos y altares á María, unos y otros prendas «de amor y reconocimiento : todos como manantial perenne de consuelo para todos los males, y asilo en que se dulcifican los infortunios de la tierra. En cuanto el corazón humano se dispone y entrega al amor del Hijo, ya está caminando al de la Madre. Apenas ve á Jesús en el altar, cuando le busca en los brazos de María. «Perpétua es en el cielo la misericordia : el cielo es el imperio del «Hijo y de la Madre¹.» ¿Quién, pues, se atrevería á desconfiar de aquella cuyo corazón, según la valiente expresión de san Epifanio, es un altar de misericordias, y el propiciatorio universal del mundo?

22. Jamás, Virgen adorable, jamás podremos persuadirnos de que la gloria á que habeis sido sublimada en vuestra Asunción dichosa á los cielos pueda ser un motivo de olvidar á los que en esta región de lágrimas y desconsuelo gimen de continuo, rodeados de peligros, y amenazados por los furiosos embates de pasiones fuertes y alucinadoras. Vuestro triunfo, ó Reina del empíreo, es para nosotros el apoyo mas seguro de nuestras esperanzas, pues sabemos que desde allí velais sin cesar para defendernos y protegernos del enemigo comun. Disfrutad, en buen hora, las magníficas recompensas debidas á los heroicos sacrificios que hiciérais durante vuestra vida mortal; ceñid los laureles que os estaban reservados por precio de tantas victorias conseguidas sobre el Leviatan infernal. Nosotros nos regocijamos, como es justo, de vuestra grandeza: tanto mas, cuanto que no para Vos sola habeis sido enaltecida sobre todas las jerarquías celestiales, sino para mejor poder patrocinar á los que en la tierra adoptárais como hijos de vuestro amor. Continúad, pues, desde el radiante solio que ocupais, ese destino tan sublime; tened siempre fijas vuestras miradas sobre nosotros; enardeced nuestra fe, alentad nuestra esperanza, inflamad nuestro amor hácia vuestro divino Hijo; para que sirviéndoos á ambos con fidelidad en esta vida, merezcamos ser en la otra glorificados por los siglos de los siglos. Amen.

¹ Genoude, Expos. del Dogm. católico, cap. 8.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Fecit mihi magna qui potens est. (Luc. 1, 49).

El Todopoderoso ha obrado en mí cosas grandes.

1. El hombre, perdida su inocencia, perdió tambien su verdadera grandeza y su inmortalidad... Pudo, no obstante, aspirar á la gloria, pero supuesta la redencion, y no aquí, sino despues de la muerte y del tiempo.

2. Ni el mismo Mediador hecho carne fue exceptuado de la ley fulminada contra toda carne... Su Madre, por consiguiente, debió tambien estar sujeta á ella...

3. María comprendió que sus abatimientos debian ser proporcionados á sus futuras grandezas... Por efecto de esto si bien no puede negar las grandezas que en ella obra el Altísimo, recurre siempre á su propia bajeza: *Respexit humilitatem, etc. Fecit mihi, etc.*

4. Este misterio de ignominia y de gloria va á formar todo el asunto de este discurso...

5. *Invocacion*: ¡Oh santa y gloriosa Madre de...!

Primera reflexion: María ha sido grande durante su vida, por un exceso de humillacion sin ejemplo que ha cubierto como un velo espeso toda su gloria.

6. Dios desprecia los honores, la gloria, la reputacion, etc., y quiso que su Madre viviese condenada al olvido y al oprobio... Sigamos todos los grados de las humillaciones de María. Yo distingo tres principales...

7. 1.º Nada hubo de grande é ilustre en María que no estuviese oculto, mientras vivió, á los ojos de los hombres... Su ilustre nacimiento... Ved su indignancia y la humilde condicion á que se vió reducida.

8. ¿Acaso brillaron mas á los ojos del mundo las gracias de su cuerpo, los talentos de su espíritu, las...? Nuestros historiadores sagrados no se han tomado la pena de... Hannos dejado ignorar... Hacíase preciso que toda su gloria... *Omnis gloria ejus*, etc.

9. Sus dotes sobrehumanos fueron tambien cubiertos de una oscuridad todavía mas profunda... Fue inmaculada en su concepcion, y sin embargo nada la distingue de..., y es el objeto de los desdenes... Mas ella..., léjos de...

10. María es vírgen, y sin mengua de su virginidad concibe al Hijo de Dios en su seno por virtud del Altísimo... Este misterio es ignorado... hasta de su esposo José, quien...

11. Á los ojos del mundo Jesús pasa por hijo de José, y su Madre María se purifica á los cuarenta dias de su parto cual las demás madres... La gloria de su divina maternidad queda así oculta...

12. Á vosotros que... no conoceis mayor desgracia que veros olvidados y confundidos entre el vulgo..., os pregunto: ¿es dable imaginar cosa mas grande y heróica que una modestia que...?

13. 2.º Abyeccion profunda en que la sumieron los oprobios de su Hijo...

14. Nacimiento de Jesús en un portal...; huida á Egipto...; su vida laboriosa en Nazaret...; su predicacion, condenacion, crucifixion...; Oh María! al veros seguir á vuestro Hijo hácia el Calvario...

15. 3.º ¿Habrá despues de esto otro grado mas de humillacion para María? Sí Jesús no le dió jamás en público el dulce y honorífico nombre de Madre... Al tercer dia de haberlo perdido lo encuentra en el templo, y... Bodas de Caná... Sermon... Puesto en cruz... Despues de la resurreccion de su Hijo vivirá todavía largo tiempo no menos oscurecida y olvidada de los hombres, que... Ni aun el Discípulo amado nos dirá cosa alguna de...

16. ¡Oh Madre de un Dios oculto...! cumplido habeis vuestro destino... Ahora va á abrirse para Vos una carrera de gozo y de gloria... *Fecit mihi*, etc.

17. Contemplemos ya á María rodeada de un resplandor de...

Segunda reflexion: María ha sido grande despues de su muerte, por una sobreabundancia de gloria casi infinita, que ha derramado un brillo inmortal sobre sus mismas humillaciones.

18. No hay cosa que mas asombro y admiracion me cause, que... Las humillaciones pasajeras que se cambian en una gloria eterna, léjos de envilecer la virtud...

19. Tres grados de elevacion y gloria que reemplazan...

20. 1.º Los velos que ocultaban toda su beldad y..., se rasgan... ¡Oh Espíritu divino, hablad Vos mismo por mi boca, ó dadme...

21. ¿Cómo pudiera María rehusar la muerte, habiendo muerto su Hijo querido?... Este espiró por un efecto de su voluntad soberana; María por un efecto de su amor... Jesús en fin la llama y le dice: *Surge, amica mea*,... *jam hiems transiit*, etc. *Veni in*, etc.

22. El cuerpo de María permanece sobre la tierra inanimado sí, pero no sujeto á la corrupcion... Sus restos descienden al sepulcro, pero... bien presto se reanimarán... María resucitará la primera despues de Jesús por una excepcion...

23. ¿En qué estado sale María del sepulcro?... Transfigurada en la semejanza de aquel que... Bella y encantadora fue la primera Eva, pero la segunda... María sube á tomar posesion de... Ved cómo las legiones celestiales... *Quæ est ista quæ*, etc.—*Luna sub pedibus ejus*. *In capite ejus corona*, etc.—*Mulier amicta sole*... Y si tales son sus adornos, ¿qué pensaremos...? Así desaparecen todas las humillaciones de su vida...

24. Tal es el primer grado de gloria de María: toda su oscuridad...

25. 2.º Así como las ignominias de su Hijo formaron..., así la exaltacion del mismo constituye... María al entrar en el cielo, todo lo ve postrado en presencia de aquel á quien... Desde su trono da sus leyes al universo; regla con su... Á su lado está su Madre: *Astitit Regina*, etc. ¡Oh Dios mio! dignaos...

26. 3.º María no solo es glorificada con Jesucristo sino por Jesucristo. Así quedan compensadas aquellas sequedades... Ahora le da el nombre de Madre... Quiere que todos la reconozcan por...; establécela medianera..., protectora... Prodigios innumerables que ha obrado ella en favor de... No los detallaré... Batalla de Lepanto...

27. ¿Callaré asimismo los milagros de nuestros dias?... Á pesar de la desgraciada incredulidad del siglo, ¿quién habrá...?

28. Hé aquí ¡oh Reina del cielo! como las naciones...

29. *Deprecacion*: Plegue al cielo ¡oh Vírgen santa! que...

SERMON III

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Fecit mihi magna qui potens est. (Luc. I, 49).

El Todopoderoso ha obrado en mí cosas grandes.

1. El hombre en su origen, por su union con el Criador, era grande é inmortal. Pero como estos dos privilegios estaban vinculados á la inocencia, perdida esta, perdió tambien aquellos, y de consiguiente se desvaneció su verdadera grandeza. Irritado Dios de su orgullosa rebelion, ya no vió en él mas que su bajeza y su nada. Acordóse que del barro de la tierra le formara, y para obligarle á él á acordarse de esto mismo, condénale á volver por la muerte al polvo de donde saliera. Esto bastaba para hacerle comprender que en lo sucesivo no podia ser grande sino por la humildad y el arrepentimiento, en una tierra que habia venido á ser para él una prisión y una tumba: y que si bien le era dado aspirar todavía á la gloria, esto no podia ser sino en un mundo mejor, en donde satisficiera la justicia divina, y levantado de su miserable caída por la infinita misericordia de Dios, seria revestido por segunda vez de la inmortalidad de que le despojara su inobediencia. Así es que habiendo roto el pecado aquel primer pacto cuyas condiciones eran tan bellas: «Sé dócil á tu Criador, vive feliz y disfruta desde ahora de tus altos destinos;» un segundo pacto bien diferente le fue substituido: «Sé humilde durante los días de expiacion y de dolor que componen tu vida mortal, y aplaza las esperanzas de elevacion y de grandeza mas allá de la muerte y del tiempo.»

2. Parece que el divino Mediador de la nueva alianza debiera estar exceptuado de una ley tan rigurosa, puesto que, léjos de ser pecador, era el Santo de los Santos y el reparador del pecado. Mas no, por lo mismo que se ha hecho carne, será preciso que sufra la sentencia pronunciada contra toda carne. Él comprará la gloria á

precio de oprobios; y pues que en el reino de su Padre debe ser un dia elevado sobre todos los hombres, será mas que todos ellos saturado de humillaciones en este lugar de destierro y de pruebas. *Hæc oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam.* (Luc. XXIV, 26). De aquí como legítima consecuencia era de inferir que aquella criatura que entre todas las demás debia estar unida á este adorable Redentor con lazos mas estrechos, aquella que mas se debia acercar á su incomparable santidad, y estaba destinada á ocupar el primer sitio despues de él en la mansion de la eternidad, debia tambien participar mas que ninguna otra hija de Adán de sus ignominias, y que en ella como en su divino Hijo los abatimientos serian proporcionados á sus futuras grandeas.

3. Así lo concibió María perfectamente, y por mas dura que á la naturaleza pudiese parecer esta condicion, ella se sometió con gozo, y la abrazó sin vacilar un punto de los designios profundos y severos de la Providencia. Por efecto de esto, cuando los Ángeles y los hombres la hablan de su dignidad sublime y de los inauditos prodigios que el cielo obra en su favor, ella no sabe hablar sino de su pequeñez, y parece querer confundirse en lo mas profundo de su nada. Si el príncipe de los celestiales ejércitos viene á saludarla en cualidad de Esposa del Espíritu Santo y Madre del Rey inmortal de los siglos, llamándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres, ella no responde sino con el mas profundo silencio á unas palabras harto magníficas para que dejen de confundirla y turbarla en extremo: *Turbata est in sermone ejus* (Luc. I, 29); y solo despues de rehacerse algun tanto de su asombro, despliega sus labios para llamarse la esclava de aquel que se digna querer ser su hijo: *Ecce ancilla Domini.* (Ibid. 38). Si á su entrada en la casa de Zacarías, el Espíritu Santo, que á todas partes la acompaña, se comunica á Isabel, la llena súbitamente de las luces de los Profetas, hace saltar de gozo al niño que lleva en su seno, y esta, atónita y estupefacta, exclama dirigiéndose á su prima: «¿De dónde á mí que venga á visitarme la Madre de Dios mi Señor?» María de cada vez mas humilde en medio de los prodigios que á su alrededor se multiplican, y de las alabanzas que donde quiera se le prodigan, si bien no puede dejar de confesar las grandeas que en ella obra el Altísimo, recurre empero á su propia bajeza, á su abyeccion y miseria, como únicos títulos que puede alegar á las dignaciones de su Hacedor: *Respexit humilitatem ancilla suæ... fecit mihi magna qui potens est* (Luc. I, 48, 49); pues que él se complace en elevar á los que

arrastran entre el polvo, y en enriquecer á los que gimen bajo el peso de la indigencia: *Exaltavit humiles... esurientes implevit bonis.* (Luc. 1, 52, 53). Ved, pues, como esta Virgen admirable ha penetrado todo el fondo del misterio y los mas secretos consejos de Dios; ved como ha comprendido que el abatimiento es el fundamento necesario de la grandeza, y que para subir un dia hasta el trono del Verbo encarnado, es necesario descender primero por la humildad hasta lo mas profundo de las criaturas.

4. Este misterio de ignominia y de gloria es el que va á formar todo el asunto de este discurso, así como es el objeto de la solemnidad que hoy celebramos. Yo me propongo, hermanos míos, en este dia del triunfo de María desenvolver toda la extension de mi texto: *El Omnipotente ha obrado en mí cosas grandes*; y para hacerlos comprender bien en qué consiste la grandeza de esta augusta Virgen, os mostraré primeramente *que ella ha sido grande durante su vida, por un exceso de humillacion sin ejemplo que ha cubierto como un velo espeso toda su gloria*; este será el asunto de mi primera reflexion. En segundo lugar, *que ella ha sido grande despues de su muerte, por una sobreabundancia de gloria casi infinita, que ha deramado un brillo inmortal sobre sus mismas humillaciones*; hé aquí el objeto de la segunda reflexion y todo mi designio.

5. ¡Oh santa y gloriosa Madre de la palabra divina encarnada! Vos, á quien invocamos siempre en el principio de nuestros discursos como á patrona é inspiradora de los oradores sagrados, permitid que en este dia publique yo vuestras alabanzas. Vuestro auxilio imploro con la mas cordial confianza, seguro de que en un asunto tan elevado no abandonaréis á sus propias tinieblas ni dejaréis en manos de su debilidad á un ministro de vuestro Hijo que no tiene mas deseo ni otra ambicion que honraros. Á este fin os saludo con aquellas sublimes palabras del Ángel: *Ave María.*

Primera reflexion: María ha sido grande durante su vida, por un exceso de humillacion sin ejemplo que ha cubierto como un velo espeso toda su gloria.

6. ¿Qué cosa mas propia puede haber para ilustrar al hombre y confundir su orgullo, que el ver todo cuanto acá abajo llamamos honores, elevacion, gloria, esplendor, dignidad, reputacion, despreciado por Dios y arrojado de sí con un desden tan absoluto, que quiso que aquella á quien entre todas las demás criaturas dignára-

se elegir para glorificarla sin medida y hacerla el objeto único de su amor y de sus favores, aquella á quien colocara sobre todas las potestades del cielo, y á quien se uniera con los mas íntimos lazos de la sangre, fuese positivamente excluida de todas estas vanas ventajas á que damos tan alta importancia, y viviese condenada, por decirlo así, por una expresa disposicion de la Providencia, al olvido y al oprobio, en un mundo en donde los seres mas abyectos aparecen frecuentemente rodeados del ruidoso aparato de la ostentacion y de la grandeza? Esta era indudablemente, despues de las ignominias del Verbo hecho carne, la leccion mas importante que la misma Sabiduría divina podia dar al hombre ciego y soberbio. Cuanto nuestro siglo ha visto de hombres de bien humillados, de justos oprimidos á los piés de los malvados, de reyes y príncipes virtuosos arrastrados por el polvo, era mucho menos capaz de llamar nuestra atencion é instruirnos, que los prodigiosos abatimientos de la Reina de los Ángeles, de la Madre de todo un Dios. Contemplemos atentamente un espectáculo tan asombroso, y un ejemplo tan instructivo; sigamos todos los grados de las humillaciones de María. Yo distingo tres principales: el primero le descubro en la oscuridad casi impenetrable que durante su vida cubrió todos sus títulos de gloria; el segundo en la abyeccion profunda en que la sumieron los oprobios de su Hijo; el tercero, en fin, y el mas sensible á su corazon, en las aparentes frialdades que experimentara de parte de este Hijo único y tan amado. Prestadme vuestra atencion.

7. ¿Qué cosa hubo de grande é ilustre en María, que mientras vivió no estuviese oculto á los ojos de los mortales? Ella descendia de la raza de David, la casa real mas antigua que habia entonces sobre la tierra. ¿Y disfrutó por ventura de los honores y distinciones debidos á su elevado nacimiento? ¿Quién jamás la consideró como una princesa augusta? Los mismos Evangelistas parecen empeñarse en extender un denso velo sobre el esplendor de su origen. Si describen su descendencia, la confunden en la genealogía de José. Cuando san Lucas refiere la visita que ella recibiera de un embajador celeste, creyérase en su modo de expresarse que habla de la mas oscura é ignorada de las hijas de Judá. Hé aquí sus palabras: «El ángel Gabriel fue enviado á una ciudad de Galilea llamada Nazaret, á una vírgen cuyo nombre era María.» (Luc. 1, 27). ¿Quién por este lenguaje pudiera sospechar que se hablaba del noble vástago de tantos reyes? ¿No era para ella mas bien un nuevo

motivo de humillacion el habitar léjos de la patria de David y de sus abuelos, en una ciudad tan despreciada por los judfos, que habia llegado á admitirse entre ellos como un axioma, que nada bueno podia salir de Nazaret? *A Nazareth potest aliquid boni esse?* (Joan. 1, 46). ¿Y qué nueva nube no extiende sobre esta extraccion ilustre la indigencia en que vivió y la humilde condicion á que se vió reducida? Uniendo su suerte con la de un artesano, solo era conocida con el título de la esposa del carpintero.

8. Mas si su nacimiento se vió oscurecido de tantas maneras, ¿acaso brillaron mas á los ojos del mundo las gracias de su cuerpo, los talentos de su espíritu, las cualidades de su grande alma y sus demás dotes naturales? Nosotros debemos indudablemente presumir que aquella criatura que fue la obra mas perfecta del Criador, aquella cuya belleza celebraron anticipadamente los Profetas en sus cánticos, aquella á quien habia poseido desde su mas tierna infancia el espíritu de ciencia y de sabiduría, cuyos pensamientos eran todos celestiales, cuyos sentimientos eran divinos, y cuyas palabras y movimientos eran dictados y conducidos por el mismo Dios, debió reunir en su persona todas las perfecciones de la naturaleza. Sin embargo, de ninguno de estos dotes tan preciosos se hace mencion en la historia de María; ellos quedaron de tal manera sepultados en las tinieblas y en el silencio de su retiro, que ni de ellos pudieron apercibirse los hombres, ni á nosotros ha podido llegar la menor noticia. En tanto que las historias están llenas de las menores circunstancias de la vida de los personajes célebres; mientras que las palabras mas insignificantes escapadas de su boca se conservan preciosamente, y se recoge con la mas cuidadosa minuciosidad todo cuanto puede instruirnos acerca de su carácter, de sus gustos, de sus talentos y de sus mismos defectos; cuando, en fin, el buril y el pincel se disputan, por decirlo así, el honor de transmitir sus imágenes á la posteridad; nosotros investigamos en vano los detalles de la vida y de las acciones de María. En ninguna parte hallamos la expresion fiel de aquellos contornos mas que angélicos en donde debió verse impreso el encanto y brillar el esplendor de todas las virtudes. Nuestros historiadores sagrados no se han tomado la pena de trazar aquel carácter tan bello y únicamente propio de una criatura que era Esposa y Madre á la vez de su mismo Dios. Hannos dejado ignorar todo cuanto de sublime y enternecedor debió hallarse en sus discursos, limitándose á referir alguna que otra de sus palabras, sin decirnos frecuentemente otra cosa sino que

contemplaba muda y atentamente las obras de la divina sabiduría, é imprimia sus recuerdos en lo mas profundo de su corazon. Hacíase preciso, conforme á los antiguos oráculos, que toda la gloria de esta Hija incomparable del gran Rey quedase encerrada en su interior y oculta á la curiosidad y á la admiracion de los mortales: *Omnis gloria ejus Filia Regis ab intus.* (Psalm. XLIV).

9. ¿Para qué, empero, hablar de sus dotes naturales cuando aun los sobrehumanos fueron cubiertos de una oscuridad todavia mas profunda? Elevad aquí, hermanos míos, vuestros pensamientos. Vosotros sabeis la vergüenza de nuestra raza y la llaga antigua de que se mira aquejado todo el linaje humano. El primer hombre habiendo recibido en sus entrañas el veneno del pecado, inoculó con su sangre este tósigo impuro y funesto en las venas de sus malaventurados hijos. Todos nacieron pecadores, y recibieron con la vida el gérmen de la corrupcion y de la muerte. Solo María entre todos los descendientes de Adan es preservada de este horroroso contagio. Nace revestida de la inocencia y de la gloria; aparece desde su primer instante toda hermosa en presencia del Señor, sin que la mas ligera mancha puedan hallar en ella sus divinos ojos: *Tota pulchra es... et macula non est in te.* (Cant. 1v, 7). Por su blancura es semejante á la azucena que hermosea los valles: *Lilium convallium.* (Ibid. 11, 1). Tan luego como se deja ver en el mundo á manera de astro brillante, rodeanla los Ángeles y la contemplan llenos de asombro. La luz de la luna no les parece mas dulce, ni son mas puros á su vista los rayos del sol: *Pulchra ut luna, electa ut sol.* (Ibid. vi, 9). ¿Cuál hubiese sido la veneracion de los hombres hácia esta Niña admirable, si hubiesen podido verla tal cual la viera Dios y sus espíritus celestiales? Nada sin embargo la distingue á los ojos de los mortales de las demás hijas de Judá; confunden en la masa comun á aquella á quien habia separado una gracia invisible y desconocida; y la única criatura que en la tierra pudo llamarse inocente, la que sobrepuja en santidad á los mismos Serafines, no es mas que el objeto de los desdenes y de la indiferencia del mundo. Mas ella, no menos modesta que santa, léjos de afligirse de esta injusticia, complácese por el contrario de un error que la proporciona el medio de confundirse entre la multitud á gusto de su humildad.

10. ¿Y cuántos otros tesoros cubrió con velos impenetrables esta humildad profundísima de María, conforme á las miras misteriosas de la Providencia! ¿Oh incomprendible privilegio de la mater-

nidad divina! ¡Oh maravilla adorable de la fecundidad unida á la integridad virginal! ¡De cuántas humillaciones no viene á ser origen para María este doble prodigio inaudito que la eleva sobre todas las criaturas! María es vírgen, cualidad gloriosa que le es mil veces mas amada y apreciable que todos los bienes de la tierra, mas aun que todas las grandezas del cielo; sin embargo ella la pierde en apariencia. Visitada por aquel cuyo poder fecundiza cuando le place la esterilidad y la misma nada, ha concebido en sus castas entrañas un fruto divino. El prodigio obrado en su seno por la virtud del Altísimo, es un secreto de Dios confiado únicamente á ella misma y á una de las celestiales inteligencias enviada cerca de ella para anunciársele; todo el resto del universo lo ignora; el mismo José su esposo castísimo no está instruido en este misterio; aun cuando este conciba tristes y sombrías sospechas acerca de un hecho que le confunde y abisma, no por eso romperá María el silencio; tolerará sin quejarse todo el peso de la ignominia, y será necesario que una revelacion expresa del cielo desengañe á este justo afligido, y calme su ansiedad en el momento mismo en que busca los medios de ausentarse de su Esposa, sin que su ausencia pueda deshonrarla. No es dado sino á las almas virtuosas é inocentes comprender lo que debió experimentar con una prueba de esta naturaleza la mas pura de todas las vírgenes.

11. Pero si José se mira pronto libre de un error tan injurioso á su virtud, no por eso dejará de sufrir María, puesto que por efecto de otro error para ella bien humillante por cierto, hácese preciso que aquel varon sea reputado padre de este Niño de bendicion, fruto glorioso de la virginidad, que no reconoce otro padre sino á Dios. Error, dije, que la arrebata en la opinion de los hombres el mas bello de todos sus títulos. Lo que la distingue y separa de todas las demás mujeres, viene á ser precisamente lo que la confunde con el comun de las demás madres. El cielo, léjos de manifestar por medio de alguna brillante señal una maravilla que atraeria hácia ella los homenajes de todo el universo, quiere por el contrario que todas las apariencias, sus acciones mismas ahuyenten hasta la idea de la gracia extraordinaria que ha recibido. Pasados cuarenta dias despues que haya dado á luz al Salvador del mundo, irá con su Esposo á presentarle en el templo en cumplimiento de la ley, como si el Hijo de María lo hubiese sido tambien de José; se purificará de la misma manera que todas las otras hijas de Judá; como si sus entrañas fecundadas por el mayor de todos los prodigios, santifica-

das, divinizadas en cierto modo por la generacion del Verbo encarnado, hubiesen participado de las horrruras de los partos ordinarios. ¡Oh Redentor adorable! ¿Á dónde está la gloria de vuestra Madre? ¿Á dónde vuestra propia gloria? ¿Por qué no ha de estar marcada de alguna señal sensible que la distinga y haga reverenciar de los mortales la que ha tenido el inefable honor de daros la vida?

12. Los designios de Dios se descubrirán, amados oyentes; pero entre tanto, yo os pregunto á vosotros que tan ávidos os manifestais de la estima y de los aplausos del mundo; que os mostrais tan impacientes de dar publicidad á todo aquello que puede captaros su atencion y sus elogios; que no conoceis mayor desgracia que veros olvidados y confundidos entre el vulgo; que sacrificais tal vez vuestro reposo, vuestra salud, y vuestra conciencia misma al loco deseo de ser admirados; que os revestís todos los dias de formas diversas para conseguir con falsas apariencias lo que jamás pudiérais conseguir por defecto de mérito real y positivo, preguntóos, repito, si es dable imaginar cosa mas grande y heróica que una modestia que oculta constantemente á los ojos de los hombres tantas virtudes, tantos dones naturales y sobrenaturales, unas prerogativas sin ejemplo, una dignidad superior á la de los Ángeles; que, reuniendo en sí tantas prendas que excitan la admiracion y el entusiasmo, acepta voluntariamente el desprecio, y en lugar de una gloria por tantos títulos merecida, abraza con alegría los oprobios.

13. Avancemos. Hanse visto muchas madres resolverse á vivir en la oscuridad, á trueque de que sus hijos viviesen con esplendor; y como si toda su existencia hubiese pasado á aquellos á quienes dieran la vida, mirar los honores hechos á estos cual si fuesen personales á ellas mismas, hallando en esto plenamente satisfecha toda su ambicion. María tenia un Hijo único por quien únicamente respiraba. Si este hubiese sido glorificado cual merecia, ¿qué otra cosa hubiera podido desear? ¿Qué esplendor no la hubiera resultado de los homenajes y de la veneracion dirigidos á su Hijo? Mas por el contrario, ¿qué nueva sombra no esparcen las ignominias de este Hijo querido sobre la vida tan humilde ya y tan oscura de la Madre! Hé aquí el segundo grado de los abatimientos de esta augusta Vírgen.

14. Es indudable que cuando el Ángel anunció á María que el santo niño que habia de concebir en su seno seria grande, que se llamaria Hijo del Altísimo, que se sentaria sobre el trono de David y reinaria eternamente en la casa de Jacob, ella tuvo un derecho

á esperar que todas las circunstancias de su nacimiento y de su vida serian brillantes y gloriosas. ¿Pudiera acaso creer, despues de promesas tan magnificas, que llegado el tiempo de su parto habia de hallarse arrojada de todas las casas de Belen, y que no hallaria otro asilo en donde dar á luz á su Unigénito que un pobre y horroroso establo en donde, expuesto á la inclemencia del viento, solo seria calentado con el aliento de viles animales? ¿Pudo jamás sospechar que cuando los dias de este tierno infante se verian amenazados por Herodes, léjos de verse agrupado en su cuna de legiones de Angeles dispuestos á defenderle, se veria ella reducida á huir con él precipitadamente á un país extranjero, á una tierra idólatra, en donde el Hijo del Excelso habria de sufrir en silencio los ultrajes hechos á su eterno Padre, y ver tributados á los demonios los honores debidos á la Divinidad? ¿Cómo hubiera podido imaginar que aquel nuevo Rey tan pomposamente anunciado en los santos libros, viviria treinta años ignorado y silencioso en el taller de José, participando con él de unos trabajos tan groseros y penosos? Y sobre todo, ¡oh la mas humilde de las madres! ¿podíais Vos prever que luego que saliendo de su retiro enseñaria públicamente aquella doctrina pura y sublime que bebiera en el seno del Padre, cuando poniendo en ejecucion las obras predichas por los Profetas curaria á los ciegos y tullidos, volveria el oido á los sordos y la respiracion á los difuntos, solo doce pescadores se declararían sus discípulos? que mientras que una multitud ignorante le rodearia con avidez, los grandes, los sábios, los sacerdotes y los pontífices se empeñarían en calumniarle y contradecirle, convirtiendo sus discursos y sus acciones en motivos de las derisiones mas amargas, tratándole altamente de impostor, de sedicioso, de blasfemo, y hasta de mago y poseido del demonio? ¿Cuáles fueron entonces los sentimientos de vuestro maternal corazón? ¿Cuáles fueron sobre todo despues, cuando os fue preciso ver aquel vuestro Hijo en quien descansaban todas vuestras esperanzas y toda vuestra gloria, entregado al furor de sus enemigos, cargado de cadenas á guisa de malhechor, declarado reo de muerte por el supremo consejo de la nacion, arrastrado de tribunal en tribunal, hecho el juguete de criados y de soldados, azotado inhumanamente, llevando por señal de su regia dignidad un vil harapo de púrpura y una ensangrentada corona de espinas, y condenado por el grito unánime de todo el pueblo al mas cruel é ignominioso suplicio? ¿Continuaré?... ¡Ah! no me es posible concebir vuestra constancia, ¡oh María! al veros seguir á

vuestro Hijo hácia el Calvario marchando sobre sus huellas sangrientas; al ver que testigo voluntario de la mas horrible catástrofe permanecéis de pié á su lado en tanto que es despojado por los verdugos, clavado en el infame leño, y elevado entre la tierra y el cielo en medio de dos ladrones. En momentos tan terribles, escucharíais las burlas atroces de sus perseguidores, los insultantes desafíos que le dirigian, sus acentos de alegría y de triunfo mezclados con los gemidos y suspiros de vuestro Hijo espirante. ¡Oh! cuántas veces recaerian sobre Vos los ultrajes con que le oprimian! ¡Cuántas veces (pues no es posible dudar) aquellos bárbaros que no podían menos de conocerlos, dirían señalándoos con insulto: ¡Hé ahí la Madre del que se decia el Cristo y que ahora no puede salvarse de nuestras manos! *Opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.* (Psalm. LXVIII, 10). Mas ¡ay! ya comienzo á comprender lo que hace un instante me era imposible penetrar. Vos presenciásteis este punzante espectáculo, Vos no tuvísteis compasion de vuestro propio dolor, y os hicísteis superior á la humana debilidad, porque era preciso bebiérais hasta las heces el cáliz del oprobio, y que vuestra confusion fuese casi igual á la de aquella inocente víctima de los pecados del mundo: *Operuit confusio faciem meam.* (Psalm. LXVIII, 8).

13. Despues de todo esto, ¿habrá todavía otro grado mas de humillacion para María? Sí, hermanos míos. Á pesar de la ceguedad de los judíos, ella sabia bien que su Hijo era el Verbo de Dios; ella no conocia otra gloria verdadera sino la que de él proviene; si pues al menos este Hijo la hubiera honrado en presencia de los hombres, esto solo hubiera compensado abundantemente todas sus ignominias. Pero este Salvador divino, conformándose en todas las cosas con los designios de la eterna Sabiduría, tratárala frecuentemente con un aparente rigor que fue para ella la prueba mas sensible. Ni una sola vez vemos en el Evangelio que la diese en público el dulce al par que honroso nombre de Madre. Las únicas palabras que sabemos la dirigió, parecen mas bien lecciones severas. Á la edad de doce años la reconviene en el templo acerca de la inquietud con que le buscara por espacio de tres dias cuando le hubo perdido al volver de Jerusalem; y como si este efecto de la ternura maternal hubiese sido una usurpacion de un derecho que no reconocia en ella, la dice: «¿Por qué me buscásteis? ¿No sabéis que yo «debo consagrarme totalmente al gran negocio de mi Padre?» Muchos años despues, cuando en las bodas de Caná se atrevió á mani-

festarle el deseo de verle hacer un milagro, dirigiéndole aquellas palabras llenas de la mayor reserva: «Hijo mío, no tienen vino;» ¿cuál es la respuesta que escuchó en presencia de un numeroso concurso, y en ocasion en que por primera vez manifestaba al mundo su poder? «Mujer, la dice, ¿qué se nos da de esto á tí ni á mí? Mi «hora no ha llegado todavía.» (Joan. II, 4). No se juzgue por esto, amados oyentes, que Jesús en cuanto hombre no tuviese hácia su Madre toda la deferencia y respetuosa veneracion propia de un hijo el mas tierno y sumiso. Pero cuando elevándose, por decirlo así, á toda la altura de su divinidad la hablaba de este modo, como para impedir que se olvidase de la distancia infinita que separa la criatura de su Criador: ¡qué golpe tan sensible para un corazon como el suyo! ¡qué humillacion para una madre como ella! ¿Y qué diremos al ver que en algunas ocasiones parecia desconocerla en presencia de todo el pueblo? Imaginad, si os es posible, una mortificacion mas punzante que esta. Un dia que rodeado de una prodigiosa muchedumbre de gente, ocupábase en hablar del reino de Dios, hé aquí que su Madre y sus parientes próximos, que en el lenguaje de la Escritura son llamados hermanos, le buscan con empeño, y anuncian que quieren hablarle al punto: dicenselo á Jesús los circunstantes: *Ecce Mater tua et fratres tui foris stant querentes te.* (Matth. XII, 47). ¿Qué hará, pues? Vosotros recordaréis sin duda, que en circunstancia semejante á esta, cuando los discípulos del Bautista se acercaron á hacerle varias preguntas de parte de su maestro, no solamente se dignó interrumpir su divina predicacion para satisfacer á los deseos del santo Precursor, sino que, aprovechando esta ocasion para elogiar públicamente su virtud, le proclamó en presencia de todo aquel inmenso pueblo, profeta, mas que profeta, y el mayor de todos los nacidos de mujer. Ahora bien; ¿juzgais que en el caso presente va á dar el mismo testimonio de su Madre? Admiraos, hermanos míos; no bien le han anunciado que su Madre y sus hermanos le esperan para hablarle, cuando levantando la voz, exclama, cual si se le hablase de personas extrañas y desconocidas: «¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?» *Quæ est Mater mea, et qui sunt fratres mei?* (Ibid. 48); y extendiendo su mano hácia sus discípulos añade: «Hé ahí mi Madre y mis hermanos.» *Ecce Mater mea et fratres mei.* (Ibid. 49). ¡Oh Virgen que le llevásteis en vuestro seno! ¿Esperábais Vos ser de este modo honrada por vuestro Hijo? Mas me asombran, empero, sus rigores hácia Vos cuando me transporto á la última escena

de su vida. Escuchemos aquí el Evangelio, hermanos míos. Viendo Jesús desde la cruz á su Madre y al discípulo á quien amaba, que cabe él estaban de pié, dirígese á María, y mostrándola su discípulo, la dice: «Mujer, hé ahí á tu hijo.» Y en seguida volviéndose al discípulo, hé ahí, le dice, hé ahí tu Madre. ¡Oh punzante palabra! ¡Señor! no hallaste al punto de espirar otro nombre mas dulce que darla que el de *mujer!!!* ¿Con qué, otro ha de ser su hijo? ¿Un extraño la llamará de hoy mas Madre, título tan honorífico que Vos la habeis rehusado? *Mulier, ecce filius tuus: deinde dicit discipulo: ecce Mater tua.* (Joan. XIX, 26, 27). ¿Hanse roto por ventura los lazos que la estrechaban con el fruto de sus entrañas? ¿Ha sido despojada de la maternidad divina? ¿No era bastante humillacion y desconuelo para ella el haber sido testigo de vuestro suplicio y de vuestra muerte, sin que vuestro último adiós que debia consolarla, viniese á colmar su confusion y su dolor? ¡Oh Vos cuyas inconcebibles amarguras no deben recibir en este mundo lenitivo alguno! Despues de haber visto cambiada en oprobio toda vuestra gloria, id á habitar la casa de vuestro nuevo hijo: en ella viviréis todavía largo tiempo, no menos oscurecida y olvidada de los hombres, despues de la resurreccion y glorioso triunfo de aquel á quien dísteis la vida, que cuando con él habitábais. Ni el discípulo que fue el apoyo de vuestra ancianidad, ni ningun otro de los escritores sagrados, nos dirá cosa alguna de los últimos años de vuestra santa vida. Sabrémos que Magdalena y las demás santas mujeres, que los Apóstoles y discípulos fueron honrados con apariciones y visitas de vuestro Hijo resucitado; pero ignorarémos si Vos disfrutásteis de igual favor. Sola una vez será pronunciado en las sagradas Escrituras vuestro nombre, y ni aun vuestra muerte será en ellas referida.

16. ¡Oh Madre de un Dios oculto, de un Dios humillado! Cumplido habeis vuestro destino. Habeis participado de sus humillaciones é ignominias, y como él las habeis tolerado hasta la última hora. Cerróse, en fin, para Vos la carrera del dolor y del oprobio, y va á abrirse una nueva de gozo y de gloria. Convenia, empero, que antes de entrar en ella hiciéseis prueba de una constancia y de una magnanimidad superiores á unas aflicciones cuyo peso sola Vos podíais sostener, y que antes de parecer grande en el seno de una elevacion sin límites, hiciéseis admirar otro género de grandeza en medio de unos abatimientos sin medida. *Fecit mihi magna qui potens est.*